

La adoración de los magos de Oriente

Rebeca Reynaud

Al principio Dios quiso poner un pesebre y creó el universo para adornar la cuna. "La Navidad no es un aniversario, ni un recuerdo. Tampoco es un sentimiento. Es el día en que Dios pone un belén en cada alma. A nosotros sólo nos pide que le reservemos un rincón limpio (...) que abramos las ventanas y miremos al cielo por si pasaran de nuevo los Magos; que son verdad, que existen, y vienen siguiendo la estrella de entonces, camino del mismo portal" [1].

Epifanía

Se llama Epifanía (del griego *epi-faneia*: manifestación) a la primera manifestación al mundo pagano del Hijo de Dios hecho hombre, que tuvo lugar con la adoración de los magos.

En el mundo grecorromano del siglo IV, la Epifanía o Teofanía equivalía a la aparición o manifestación de la divinidad. El aniversario de la aparición era como el día del nacimiento de la divinidad. Esto también se aplicaba a los soberanos. Epifanía era la llegada del rey o emperador. San Pablo aplica esta palabra a la primera venida de Cristo (2 Tim 1,10). También se une al 6 de enero el recuerdo del Bautismo del Señor en el Jordán.

El 6 de enero era un día consagrado a la fiesta del Solsticio[2] de invierno entre los egipcios y los árabes.

Faltan fuentes anteriores al siglo IV sobre el origen de esta fiesta. Hacia el año 361 se celebraba solemnemente por la liturgia galicana. Algunos paganos celebraban el culto al agua el 6 de enero. En la segunda mitad del siglo IV San Epifanio nos da la primera noticia de la fiesta de la Epifanía, como venida y nacimiento del Señor. Ya en el siglo I la fiesta se celebraba ya en Antioquía y Egipto. Esta fiesta nace en Oriente, posiblemente en Egipto. Sustituye una fiesta pagana dedicada a la luz[3].

El centro del episodio de los magos es la cita del profeta Miqueas, quien dice literalmente:

Más tú, Belén Efrata, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel (Miq 5,1)

¿Quiénes eran los magos?

San Mateo dice: "*Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá durante el gobierno del rey Herodes, unos Magos vinieron de Oriente y se presentaron en Jerusalén diciendo: '¿Dónde está el Rey de los judíos, que acaba de nacer. Porque hemos visto en Oriente su estrella y venimos a adorarlo'*" (2,2). La interpretación literal del texto del evangelio hace suponer que se trata de una estrella que aparece, avanza y se oculta, hasta lucir de nuevo.

Los magos eran consejeros de reyes. Estos sabios cultivaban la astrología o astronomía, la medicina, la botánica, la aritmética y la geometría, entre otras ciencias. Venían de Oriente, palabra vaga, que geográficamente designa toda la región que se extiende al otro lado del Jordán: en primer lugar, Mesopotamia, la tierra del Tigris y del Eufrates, donde se asentó Babilonia, y, finalmente, Persia (Irán). El nombre de "magos" tiene precisamente un origen persa. Ese nombre era dado por los medos y persas a los sacerdotes sabios. En cuanto a si eran reyes o no, se puede afirmar que ningún autor anterior al siglo IV les da ese título. Herodes no los trató como reyes.

La expectación mesiánica se había extendido por todo el Oriente, especialmente desde que los libros sagrados judíos se habían traducido al griego, lengua hablada en casi todo el Imperio romano. Los Magos pensaban que todo el mundo conocía el nacimiento del Salvador, pero nadie les sabía dar respuesta alguna.

La visita de los Magos tendría lugar después de los cuarenta días de la purificación de María. Se puede suponer con toda lógica que la Sagrada Familia se había instalado en una casita de Belén, pues la Escritura dice que los Magos le encuentran *en la casa*.

El tipo de regalos nos haría pensar que venían de Arabia; pero lo demás sugiere que su lugar de procedencia es el país en que reinaban los descendientes de Nabucodonosor y de Ciro, de las llanuras del Eufrates o de los montes de Ecbatana. Sus antepasados habían vivido en contacto con los profetas de Israel y habían conocido los libros de la revelación judaica.

La estrella de los magos

En el relato de San Mateo la estrella juega un papel importante. Una **noche**, estos sabios, tres según la tradición, Melchor, Gaspar y Baltasar[4], descubrieron una estrella misteriosa que Dios hizo brillar ante ellos, y, recordando los antiguos vaticinios, se dijeron: "He aquí el signo del gran rey; vayamos en su busca". Es una estrella que vieron en Oriente, pero que luego no volvieron a ver hasta que salieron de Jerusalén camino a Belén, se mueve delante de ellos en dirección norte-sur. La estrella que conduce a los magos simboliza al mismo Jesucristo, la luz increada que ilumina a todos los hombres y los transforma[5].

La gente sale a la calle para ver pasar la regia comitiva. A la escena exótica se junta una pregunta desconcertante "*¿Dónde está el nacido rey de los judíos?*". (Mt 2,2). Se turbó Herodes y, con él, toda Jerusalén. Ante la grandeza de Dios no faltan personas que se escandalizan; porque no conciben otra realidad que la que cabe en sus limitados horizontes

Mientras los magos estaba en Persia -escribe San Juan Crisóstomo- no veían sino una estrella; pero cuando abandonaron su patria, vieron al mismo sol de justicia[6].

Informes de Herodes

Sobre los judíos reinaba el astuto idumeo, Herodes I el Grande[7], hombre cercano ya a los setenta, quien durante 30 años se había sostenido en el poder a base de intrigas, crímenes y humillaciones. Eliminó a su cuñado Aristóbulo y a su suegro Hircano, y a Kostobar, marido de su hermana Salomé; a su madrastra Alejandra, a su esposa Mariamne y a los dos hijos que tuvo de ella. Mandó matar a la mayoría de las diez mujeres que tuvo[8]. Era acatado pero se le odiaba. Como era usurpador, se asustaba de una sombra. Herodes había vivido pendiente del menor atisbo de un competidor al trono, para liquidarlo. Al final de su vida sufrió de manía persecutoria.

Según el testimonio del historiador Flavio Josefo, Herodes tenía una red de espías, que son los que le informan de la llegada de los Magos. Llama, pues, a los pontífices y a los escribas, es decir, a la sección del alto consejo, que le servía de norma de interpretación de la Escritura. Cuando le dicen que el Rey de los judíos debe de nacer en Belén, la respuesta debió calmar un poco las suspicacias de Herodes, pues no era fácil que en Belén, población de poca importancia, hubiese una familia tan ilustre que pudiese disputarle la corona. Creyó que lo más conveniente sería disimular *"y llamó en secreto a los magos"* (Mt 2,7). Después de agasajarlos hipócritamente, los despidió con una recomendación: *"Id e informaos bien de ese Niño. En cuanto le hayáis encontrado, hacédmelo saber, pues también yo quiero ir a adorarlo"* (Mt 2,8). El colmo de su sagacidad está en querer convertir en espías y delatores a aquellos nobles extranjeros que se confiaban a él[9].

Oro, incienso y mirra

Finalmente, la estrella se detiene sobre la casa donde estaba el Niño. Los viajeros quedaron sorprendidos cuando se encontraron frente a una humilde casita y no con un suntuoso palacio. Las casas de Palestina tenían una habitación que servía de dormitorio, cocina y sala de estar. No obstante entraron sin vacilar. No son recibidos por un rey sentado en su trono; sino por un Niño en brazos de su Madre, y reconocieron en aquel Niño al rey que buscaban, *y postrándose le adoraron. Se postraron*, como correspondía a un rey entre los orientales: es un verdadero homenaje. *Y le adoraron*, como a Dios. *Abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra* (Mt 2,11). Le llevaron los mejores productos de su tierra. El oro es un regalo propio para un rey, el incienso simboliza la oración del creyente. Las plantas aromáticas que producen el incienso (*boswellia sp.*) y la mirra (*Commiphora myrrha*) no existen en Palestina[10]. La mirra es una goma amarilla y agria del *bálsamo-dendrón*; la resina perfumada que los semitas llamaban *mar*, de donde viene mirra. La mirra se empleaba en la sepultura de los muertos y simbolizaba la humanidad de Jesús.

San Irineo dice:

La mirra es para aquel que debía morir; el oro, para aquel cuyo reino había de perdurar, y el incienso, para el Dios de los judíos, que ahora se manifiesta por primera vez a los gentiles.

De lo que dice San Mateo se desprende que los Magos pasaron en Belén, por lo menos, una noche. Presentaron sus regalos, como lo exigía la etiqueta oriental. El oro, debió constituir una ayuda providencial para la pobreza de la Sagrada Familia.

Dar es propio de enamorados, y Dios mismo nos señala lo que quiere de nosotros. No le importan los bienes de la tierra porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que podemos darle libremente: *dame, hijo mío, tu corazón* (Prov XXIII, 26).

Los bienes de la tierra son excelentes, pero el hombre los pervierte cuando los convierte en ídolos. No debemos ir detrás de los bienes económicos como si fueran un tesoro. El tesoro está reclinado en un pesebre; el tesoro está en la Eucaristía, *porque donde está nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón* (Mt 6,21).

En vez de regresar por la ruta de Jerusalén y Jericó, los magos atravesaron los campos betlemitas y se dirigieron a la Transjordania, después de costear la ribera occidental del Mar Muerto. El episodio pone de manifiesto el alcance universal de la misión de Cristo, que viene a realizar una tarea que afecta no sólo a Israel, sino a todos los pueblos. Jesús es el Emmanuel anunciado por Isaías y los demás profetas.

Necesitamos una fe como la de los Reyes Magos: la convicción de que ni el desierto, ni las tempestades, ni la tranquilidad de los oasis nos impedirá llegar a la meta del Belén eterno: la vida definitiva con Dios. Un camino de fe es un camino de sacrificio. La primera enseñanza que nos da es la de que "hemos de corredimir no persiguiendo el triunfo sobre nuestros prójimos, sino sobre nosotros mismos[11]".

Poco tiempo después José, Jesús y María tienen que huir a Egipto. No deja de admirarnos que la Providencia divina no eximiera a José y a María de los sufrimientos de los hombres. La presencia de los magos fue una ráfaga de gloria sobre la infancia de Jesús.

[1] E. Monasterio, *El Belén que puso Dios, Palabra*, España 1996, p. 9.

- [2] Época en que el Sol de halla en un de los dos trópicos (21-22 de diciembre). El Solsticio de invierno hace que en el hemisferio boreal (septentrional, norte) se dé el día menor y la noche mayor, y en el hemisferio austral (sur) todo lo contrario.
- [3] Cfr. Guadalupe Pimentel, *Celebrando a Jesús de Nazareth*, G.Pimentel, México 1992, p. 55.
- [4] Los Magos aparecen por primera vez con nombre en un manuscrito del siglo VII, que se encuentra en la Biblioteca Nacional francesa. En el siglo IX son nombrados como Melchor, Gaspar y Baltasar en un mosaico de Rávena (MIGNE II, 14).
- [5] Cfr. A. Argemi Roca, *Epifanía*, en GER 8, 690.
- [6] S. Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae*, 6,5 (PG 57,78).
- [7] El Rey Herodes de que aquí se habla fue el primero de los cuatro que menciona el Nuevo Testamento.
- [8] Cfr. José María Casciaro, *Jesús de Nazaret*, Alga Editores, Murcia 1994, p. 52.
- [9] Cfr. Justo Pérez de Urbel, *Vida de Cristo*, Minos, México 1989, pp. 76-77.
- [10] Cfr. F. Fernández Carvajal, *Vida de Jesús*, Palabra, Madrid 1997, p. 90.
- [11] J. Escrivá, *En la Epifanía del Señor*, Minos, México 1974, p. 8.